

señora Baz se cuelga de las cortinas, hace desesperados gestos de estrella del cine mudo, se desgarró la garganta y se ahoga su propia voz en sollozos y gemidos que no convencen ni proyectan nada. Parece una Llorona de los años cuarenta lamentando la suerte de sus hijos encerrados, emparedados vivos. Gran parte de culpa la tiene la dirección, claro, como la tiene al permitirle maquillarse como lo hacen las señoras en 1968, ni siquiera en 1955, que también sería falso puesto que el personaje lleva quince años sin salir de su casa ni ver el mundo exterior. Aarón Hernán, en cambio, fue dirigido en contraste con el desbordamiento de la señora Baz, y aparece apagado, gris, triste, a pesar de ser el causante de la tragedia. Sin embargo, su actuación convence y llega el espectador a creerle lo que está haciendo, lo mismo que a José Luis Castañeda y a Dunia Saldívar, un proyecto excelente de actriz joven. Lola Beristáin bien, aunque dirigida mal, también a lo grotesco, a lo obvio: ¿por qué una prostituta ha de masticar chicle las veinticuatro horas del día? Detalle de dirección digno de Juan Orol.

El mínimo y dulce Sergio Magaña no dijo nada; miró el teatro con profunda mirada y partió con lágrimas y con desconsuelos, y el viento del bosque llevó su oración que era: “Nada se puede contra las conjuras.”

22 de septiembre de 1968

MEDUSA O LA OSCURIDAD ESCÉNICA

Lo más importante de decir en una crónica teatral acerca de la tragicomedia *Medusa*, original de Emilio Carballido, es que es lo mejor que el teatro mexicano ha aportado a la Olimpiada Cultural. Todo cuanto se diga luego son ya minucias, interesantes o no, pero minucias al fin y al cabo. Por ejemplo, se puede decir que la obra le quedó grande al director, a los actores y al escenógrafo, pero a pesar de ello se consiguió un buen espectáculo. Y es que la *Medusa* de Carballido es una obra difícil, como todas las obras de arte, y no está al alcance de cualquiera, así sea José

Solé, un director que ha demostrado en ocasiones riqueza imaginativa y comprensión absoluta de los textos. En esta ocasión la comedia se le va de las manos en muchos momentos para brillar por sí sola, a pesar de los esfuerzos que hacen algunos actores para que esto no suceda. También se puede decir que los diseños de vestuario son deplorables y que las pelucas de las gorgonas provocaron fuertes carcajadas entre el auditorio, puesto que en lugar de serpientes, aquello parecía un gran montón de percebes disecados. O bien se puede anotar que la escenografía ha sido lo más feo y antifuncional que se le haya visto a Antonio López Mancera, y que aquel salón del palacio de Polidecto y aquella especie de gruta de las gorgonas, parecían más bien escenarios para *Los picapiedra*. Ya puestos a decir, diremos también que la coreografía de Carlos Gaona fue espantosa, con una docena de bailarines esparcidos por el suelo en ataques epilépticos o de pronto hacinados, como racimos de uvas creando una imagen confusa, antiestética y hasta grotesca. Aquello lo mismo podía ser una danza africana que de las islas Bali o de algún café psicodélico. Eso en cuanto a la primera coreografía, ya que en la segunda, que pudo ser hermosa, los bailarines no lograron conservar el equilibrio y se mecían como péndulos mientras se hacían mucha gracia a sí mismos.

El reparto es tan desigual por tan mal seleccionado, que su desproporción no llega a molestar, sino más bien causa una sonrisa de conmiseración. Ante Rosa María Moreno, que está excelente, vemos a unos cortesanos que harían buen papel como coristas del Lírico, o unos esclavos que jamás justifican el que las gorgonas, por más gorgonas que sean, esperen con ansia la luna llena para entregarse a ellos. Graciela Doring y Julia Marichal bastante bien en esos monstruos, pero la primera debe ir pensando en la existencia de ciertos métodos dietéticos. Luis Gimeno perfecto en su Polidecto, lo mismo que Fernando Mendoza en su Acrisio. Muy hermosas Sofía Yosco y Cristina Rubiales, aunque la segunda aún no sepa hablar. Y esto nos lleva a los principales actores de la obra, o sean Mercedes Pascual y Xavier Marc, quienes dan la pauta de la desigualdad increíble al hacer el reparto. Mercedes Pascual se muestra segura, firme, justa, y levanta la comedia cuando ésta parece que va a zozobrar en el tedio por culpa de la

dirección, y sólo se le puede criticar el abuso de tonos graves que hace su voz monótona. Y junto a ella, en el bellissimo papel de Perseo, Xavier Marc. ¿Por qué? Si no tiene el físico del héroe mitológico, si no tiene las dotes de primer galán que se requieren para el papel, si no sabe modular la voz, si le quedaba grande la ropa, si no sabe moverse en escena. ¿Por qué, entonces, elegirlo? Misterios del INBA y sus dirigentes. Frente a un Perseo al que no se le cree nada de lo que hace y lo que dice, la Medusa crece en el escenario y lucha contra quien debiera ayudarla. Otro factor de triunfo para Mercedes Pascual.

De la obra nada puede decirse porque es necesario verla. Es bellissima en su diálogo, en su construcción y en su sátira, y a pesar de los ocho o nueve años transcurridos desde que fue escrita, no ha perdido frescura, ni la perderá jamás. Emilio Carballido es el autor mexicano más importante de nuestro siglo, puesto que ha superado a Rodolfo Usigli, autor de sólo dos piezas. No quiero caer en la tentación de revisar mi Mitología Clásica, como han hecho a toda prisa otros cronistas, para señalar licencias tomadas por el autor. Nada importa si las tomó o no. Emilio Carballido ha vuelto a triunfar y con él el teatro mexicano, y si se diesen medallas también en la Olimpiada Cultural, Emilio ya tendría ganada la de oro.

Claro que lo anterior lo digo porque he leído varias veces la tragicomedia, porque bien a bien el espectador no puede darse cuenta plena de lo que está sucediendo en el escenario del Teatro Jiménez Rueda, ni en cuanto a dirección, ni a escenografía ni a actuaciones, pues la iluminación es tan deficiente, que está uno adivinando lo que sucede. Ignoro si esto sea defecto de Solé o de López Mancera, pero de quien sea, es inconcebible. ¡Tantos años en el teatro y no saber iluminar un escenario! Pero no crea Pepe Solé que con todo lo que llevo dicho considero que ha fracasado en la dirección de *Medusa*. Por el contrario, pienso que tiene aciertos indudables y se ve el esfuerzo realizado, así como sus conocimientos escénicos. Sólo he querido apuntarle los defectos, puesto que las virtudes él las conoce ya de sobra. Ilumine mejor, pula los tonos de Meche Pascual, obligue al coreógrafo a desquitar el sueldo, seleccione otros esclavos, no le pague a Graciela Doring para que no coma y adelgace, no deje que

Fernando Mendoza intercalc morcillas, y entonces la obra tendrá una dirección perfecta. Lo del señor Marc ya no tiene remedio, pues ni Basurto ni Grotowsky podrían hacer nada por él.

29 de septiembre de 1968

LA RELIGIÓN Y LA ESCENA

El teatro tuvo su origen en la religión, pero una cosa es la religión en el teatro, y otra el teatro religioso. Este último cuenta con hermosas obras como los Autos Sacramentales hasta llegar a *Santa Margarita de Cortona* y *San Antonio Abad*, en el siglo XIX, y en nuestros días *El Mártir del Calvario* y *San Martín de Porres*. Si el lector me lo permite, prefiero olvidar el teatro religioso, sin comentarios, para hablar de la religión en el teatro, y especialmente de la última obra de este género que he visto hace unos cuantos días: *Pueblo rechazado*. Se puede o no estar de acuerdo con la tesis que se presenta en dicha obra, pero en lo que no cabe discusión es que al fin el teatro mexicano cuenta con un nuevo autor de talento, que ya le estaba haciendo mucha falta. Vicente Leñero pasa de la novela y de la telenovela al teatro, y lo hace con toda dignidad, con elegancia y con sabiduría. Puede objetársele que sea su pieza una "aria coreada" y que sea en los monólogos donde alcanza mayor brillantez literaria, pero es explicable en un novelista al escribir para el teatro. Lo mejor de *Pueblo rechazado* es el lenguaje, olvidemos y perdonemos en esta ocasión la construcción dramática para alabar el dominio del idioma que posee Leñero y su talento y elegancia para escribirlo. Es esta su primera incursión en el teatro: si continúa en él, ya aprenderá los misterios de la técnica en la construcción y evitará caer en errores como esos coros de periodistas y de fanáticos, o bien esos largos monólogos con un solo personaje en la escena. En novela esto último funciona; en teatro no, por anticuado y anti-teatral. Bienvenido sea Vicente Leñero al teatro mexicano, y ojalá nos dé las obras que esperamos.